

té es un lila! ¡Decir que esto es una chabola! ¡Lo que nos faltaba! Pero, ¿no ha visto usted, so vaina, la antena de la "tele" en el tejado?». Y, en efecto, hay que reconocer que la techumbre de una chabola ni siquiera soporta el liviano y reconfortante peso de una antena de televisión.

El chabolismo no es más que el último extremo sustantivo del tan cacareado problema de la vivienda. Entre el hacinamiento de primer grado y el rotundo y absoluto chabolismo caben muy diversas situaciones intermedias. Según datos del Ministerio de la Vivienda, en 1960 vivían en Madrid 19.555 familias en condiciones de hacinamiento (es decir, ocupando viviendas cuya superficie no respondía a las exigencias de un área mínima vital); 9.887, alojadas en cuevas y chabolas, y 21.205, en situación de realquiladas. Estas 50.647 familias deficientemente domiciliadas representaban un porcentaje del 12,52 por 100 del total de la ciudad. Desde 1960 hasta nuestros días se han construido numerosas viviendas; asimismo se han creado por iniciativa oficial «poblados dirigidos» y «unidades vecinales de absorción» (las tristemente famosas U.V.A., sobre cuya adecuación a los más elementales principios del urbanismo social habría mucho que hablar). Pero, si se tiene en cuenta que, durante esos diez años, la población madrileña ha experimentado un incremento aproximado de un millón de habitantes, es lógico suponer que continúa existiendo un fuerte desequilibrio entre la realidad demográfica y las disponibilidades de vivienda.

Es el torrente migratorio el que determina fundamentalmente el disparatado crecimiento de la población madrileña. Todos los años setenta mil inmigrantes, procedentes la mayor parte del proletariado rural, se asientan en la periferia de Madrid. Nada más llegar, van en busca de un amigo, de un paisano o de un pariente que emigró hace algunos años. El padrino les dice: «No creas, no va a ser fácil. Ahora no es como antes; las fábricas quieren obreros especializados...». Y comienza la lucha: la agotadora búsqueda de trabajo, las gestiones fallidas, los primeros engaños, las negativas y los fracasos, el miedo al regreso... Al fin, el recién llegado obtiene un empleo de peón eventual de la construcción, de cargador en el Mercado Central o, si tiene suerte, de obrero fijo no especializado en una fábrica. Ha traído del pueblo todo su dinero —producto de la venta de un pequeño huerto o prestado por un familiar menos apurado económicamente que él— y comprueba, horrorizado, que con ese mísero capital no puede permitirse el

lujo de comprar un piso. Y la trágica e increíble aventura de la vivienda se pone en funcionamiento: idas y venidas, visitas decepcionantes, angustiosos paseos dominicales, acuciante urgencia de abandonar la humilde pensión o la vivienda del pariente apadrinado. A la postre, el nuevo madrileño dará con sus huesos en una habitación realquilada con derecho a cocina, o en una chabola; comprará la chabola, o la alquilará o, si es mañoso, la construirá él mismo durante la noche, esquivando con su clandestino tesón constructivo las adversidades pecuniarias y las dificultades legales. Habrá buscado un enclave que le resulte familiar: si procede de Andalucía, levantará su chabola en la zona de Vallecas —en el cerro Milano, en la Sartenilla, en el cerro del Tío Pío—; si viene del Norte, en Peña Chica o en Via Límite. Podrá escuchar a gentes que hablan con su mismo acento, que han conocido los mismos paisajes, que tienen los mismos problemas. Siempre pensará que se trata de una solución «provisional», siempre tendrá esperanzas de que al menos sus hijos «salgan adelante». Conocerá el embrutecimiento producido por la miseria, la violencia nacida del temor, la vileza surgida de la promiscuidad, la agresividad engendrada por el hambre. Se sentirá marginado, diferente, intocable. Y un buen día recibirá la visita imprevista de un paisano o de un pariente recién llegado a Madrid; él tendrá que asesorarle y ayudarle en sus primeros pasos. «No creas, ya no es tan fácil...». Y volverá a empezar el dramático juego de los mil laberintos que conducen inexorablemente a la chabola.

Quando se mencionan posibles soluciones al problema del chabolismo, valdría más investigar las causas de la emigración interior. Las soluciones próximas que suelen proponerse no son más que paños calientes, intentos de favorecer la integración del inmigrante en la sociedad madrileña, medidas de urgencia para mejorar su condición objetiva. Madrid, innegable protagonista de una rápida industrialización, ofrece sin duda esperanzadores atractivos al proletariado campesino. Pero estas atrayentes —y casi siempre decepcionantes— perspectivas se ven reforzadas, complementariamente, por el desolado panorama de las estructuras agrarias de España. Madrid es un grito de llamada; pero, al mismo tiempo, el campo español es una puerta cerrada en las narices. La causa primaria del chabolismo no hay que buscarla en los muladares del Pozo del Tío Raimundo, sino en los olivares de Jaén, en los eriales de la Mancha o en los latifundios de Extremadura. Lo demás es hacer literatura. ■ S. R. S.

BOSC

